

La diafanía de la Realidad

Benjamín GONZÁLEZ BUELTA*

1. «El abrazo... y el beso universal»

La misma realidad se mueve para todos delante de nuestros sentidos, pero no todos percibimos lo mismo. Ante un mismo paisaje, un pintor capta los distintos tonos de los colores, un inversor proyecta con rapidez las líneas de una urbanización y calcula sus ganancias, y un contemplativo puede experimentar la presencia espléndida de Dios como la dimensión más profunda de la realidad.

Teilhard de Chardin, en *El Medio Divino*, expresa esta experiencia contemplativa con gran belleza: “*me tocas, Señor.. ¿ Qué podría yo hacer para acoger este abrazo envolvente? ¿ Qué, para responder a este beso universal?*”.

La afirmación de Teilhard no es tan evidente. No podemos olvidar que vivimos en una cultura que nos asalta por todos los sentidos, a través de técnicas minuciosamente estudiadas para invadirnos las veinticuatro horas del día, e instalarse dentro de las dimensiones más hondas de nuestra afectividad, de tal manera que veamos la realidad según sus propios amores e intereses, y así seamos adictos de sus productos, seguidores incondicionales de sus ideas y fanáticos de sus espectáculos. Con la creatividad vertiginosa de nuevas tecnologías intentan sorprendernos, deslumbrarnos y apoderarse de nuestros sueños, de nuestras cuentas y de nuestros pasos. Así seremos razonables, sensatos, realistas y definitivamente ajenos.

Los amores e intereses instalados en el corazón a lo largo de la vida dan órdenes a los sentidos para que se abran, se cierren o filtren los datos que les llegan desde fuera.

La lucha es entre el bienestar drogado que esclaviza y “*el abrazo... y el beso*” que nos hace sentirnos amados y libres. ¿Cuál es la pedagogía de esta experiencia?

Dios envía incesantemente profetas y sabios para que ayuden al pueblo “ciego y sordo” (Is 43,8) a ver y oír lo que él hace de nuevo en medio de ellos. Tanto los ojos deslumbrados por el resplandor de lo superficial, pasajero y exclusivo, como los ojos entornados de los que miran a medias, o los ojos deprimidos de los sepultados en las tinieblas de las exclusiones, necesitan ser curados y guiados hacia “la diafanía” de la realidad.

“En Dios vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17,28), porque Dios está presente en toda realidad sustentando la creación en sus diferentes formas de vida y de evolución. En su Hijo Jesús, Dios no sólo se encarnó en una persona, sino también en el tiempo, el espacio y la materia, un oficio y una cultura. Bajó hasta los más oscuros infiernos de la condición humana, de tal manera que toda realidad está alcanzada por su gracia. En Jesús, Dios se nos revela en la historia como nuestro Servidor, con el “delantal a la cintura” en medio de la noche (Lc 12,37). En cualquier realidad es posible encontrarlo como el que recrea liberando este mundo que gime con los dolores de un parto (Rom 8,22) que anuncia la incesante nueva creación.

Por eso pedimos y buscamos con Teilhard “*la Transparencia de Dios en el universo... No vuestra Epifanía, Jesús, sino vuestra diafanía*”. Que toda la realidad se vuelva diáfana para nuestros sentidos, transparente como un cristal, para poder contemplar a Dios creando, redimiendo y comunicándose con nosotros en un encuentro sin trampa y sin orillas (cl. EE 234-237).

2. Jesús anuncia la novedad sorprendente que llega a sus sentidos

a) Cuando Jesús empezó el anuncio del reino, su palabra era absolutamente original. “Estaba la gente asombrada de su enseñanza, porque les hablaba con autoridad, no como sus letrados” (Mt 7,2829). La novedad del reino que llegaba sólo era percibida por sus sentidos. Los letrados hablaban desde la costumbre aprendida de memoria; Jesús, desde la dimensión más profunda de la realidad que le “*saltaba a la vista*”.

En su creatividad ilimitada, y utilizando el lenguaje de la vida cotidiana, elaboró parábolas de una belleza única para ayudar a ver lo que él veía. Todo el que entraba en el vehículo de la parábola podía viajar hasta el centro de la realidad, hasta ese lugar donde se podía experimentar la llegada del reino en sus vidas sorprendidas.

* Jesuita. Provincial de la Provincia Antillense. Santo Domingo. Revista Sal Terrae, marzo 2000, tomo 88/3 (n. 1032), pp 181-189.

Jesús había sido educado en el espíritu de la sinagoga. Pero su alimento fundamental era la unión con el Padre sin fisura alguna, de tal manera que, desde su infancia, él fue percibiendo toda persona, objeto o situación con la mirada del Padre. Desde esta experiencia única pudo decir: “A vosotros se os dijo..., pero yo os digo...”. Así fue naciendo la personalidad más original que puede existir, que sorprendió a los judíos y que seguirá estremeciendo siempre nuestra sensibilidad, que tiende a resbalar sobre la superficie de la realidad en vez de llegar a su hondura. Jesús percibía la realidad como Dios la percibe, y se acercaba a ella como Dios mismo se acerca: con palabras y gestos que sacaban a la luz la vida nueva entre los escombros de lo viejo que la aprisionaba.

Si los habitantes de las riberas del lago se acercaban a un joven enfermo con palos y cadenas porque lo percibían como una amenaza, aumentando así la imagen destruida que él tenía de sí mismo, Jesús se acercaba caminando desarmado sobre la arena del lago, inspirándole una confianza que nunca había sentido, para tener con él un encuentro tan profundamente humano que pudo liberarlo de la “multitud” que lo desgarraba por dentro (Mc 5,1-20). Los habitantes de Jericó sólo veían en Zaqueo al extorsionador del pueblo que colaboraba con el imperio, pero Jesús veía en él a un hijo de Abraham que lo buscaba desde las ramas frágiles de una higuera (Lc 19,1-10). Mientras los discípulos contemplaban fascinados la belleza del templo, Jesús percibía la ruina que estaba gestándose en las entrañas de aquel sistema religioso falso y que acabaría con todo ese esplendor, hasta no dejar piedra sobre piedra (Mc 13,1,2).

En la unión de Jesús con el Padre que ama a la más pequeña criatura, se fundamentaba esa capacidad contemplativa de ver de una manera tan viva y diferente todo lo creado, de percibir lo que el Padre hacía y de acercarse hasta esa realidad para re-crearla y liberarla en unión con Él.

- b) En el evangelio del contemplativo Juan (Jn 5,1-47) encontramos un ejemplo bien explícito de *la manera en que la realidad llegaba hasta los sentidos de Jesús* y cómo éste actuaba en consecuencia. El mismo Jesús explica su experiencia en una confrontación con los dirigentes judíos.

Mientras Jerusalén disfrutaba la fiesta, Jesús “baja” hasta un mundo de excluidos, de enfermos crónicos. Esperaban una posible curación al lado de la piscina de Betesda, que estaba dedicada a Esculapio, dios de la salud. Era un lugar pagano, lleno de creyentes ambiguos, envuelto en el rumor popular de que un ángel bajaba de vez en cuando para remover las aguas y curar al primero que las tocara.

Jesús percibe algo diferente de lo que perciben los demás en ese espacio marginado. Se siente impactado por un enfermo que no tiene a nadie y lleva treinta y ocho años paralizado en su soledad. En ese espacio pagano no hay ninguna referencia religiosa por parte de Jesús, ningún examen sobre la fe de ese parálítico como condición de su curación. El parálítico no sabe nada sobre la persona de Jesús, que sólo le pregunta si quiere curarse, porque a veces nosotros nos acomodamos en nuestras parálisis, les sacamos ventajas y no queremos asumir los compromisos de estar sanos. Se realiza un encuentro tan profundamente humano como sólo Dios encarnado podía hacerlo; una acogida sin medida y sin condiciones, de tal manera que el parálítico encuentra el espacio cálido donde se atreve a ensayar su gesto de vida, y sale por las calles de Jerusalén cargando la camilla como un signo del reino que no baja del cielo, sino que sube desde los abismos.

- c) Los dirigentes judíos increpan a Jesús por sanar en sábado. La respuesta de Jesús es profundamente iluminadora. “Un hijo no puede hacer nada por sí, tiene que *verlo hacer al Padre*” (Jn 5,19).

Este modo de captar la realidad le permite a Jesús ver de qué manera actúa el Padre, para poder unirse a su trabajo creador. “Mi Padre sigue trabajando, y yo también trabajo” (Jn 5,17).

Cuando Jesús mira a ese parálítico, y a toda la sociedad simbolizada en ese pobre hombre, no sólo se queda estremecido por el sufrimiento, sino que en la hondura de esa situación inhumana ve al Padre creando la vida nueva e insospechada, soltando todas las trabas que, precisamente por razones religiosas, por mala interpretación del sábado y de Dios, paralizan y mantienen a sus hijos en la esclavitud.

Tampoco Jesús hace complicados razonamientos para actuar y justificar su actuación, sino que expresa que por sus sentidos contemplativos entra la manera de actuar del Padre.

Esta posibilidad de “ver” es un don del Padre, no el producto final de refinadas técnicas psicológicas y espirituales. “El Padre quiere al Hijo y *le enseña todo lo que él hace*” (Jn 5,20).

- d) *¿Desde dónde contemplaba Jesús?* Al encarnarse, Jesús escogió a María y a José como personas que podían acogerlo en su debilidad absoluta de niño pequeño; pero escogió también el fondo de las situaciones amenazantes de la pobreza, la exclusión de la cueva, la compañía de los pastores... Necesitó

toda una vida de trabajo en un oficio sin relevancia social significativa para ir mirando desde ahí la realidad e ir la integrando en su persona al ritmo humano del lento desarrollo de su propia personalidad.

En su vida pública, desde su identificación absoluta con el Padre, realmente buscó a todos, de manera especial a los últimos, los pequeños, los pobres, los pecadores. En un encuentro cercano, ofreció su persona vulnerable, expuesta a la acogida o al rechazo. Actuó contra corriente respecto a lo prescrito por los maestros de la ley. Cuando todos miraban hacia arriba esperando los signos del reino, Jesús los ofreció a la vista de todos brotando desde abajo.

- e) Jesús no idealizó la realidad. *Contemplar no es idealizar* pues eso sería una falta de respeto a lo real. Contemplar es disolver con la mirada contemplativa la cáscara dura de las apariencias, para descubrir en lo más hondo de toda persona y situación el actuar del Padre, que sigue creando vida nueva en abundancia, incluso de manera privilegiada, en las realidades más deshumanizadas y destruidas: aquellas de las que apartamos la vista por su repugnancia (Is 53,3) y les cerramos todas las puertas de nuestros sentidos. Hay que mirar. Dios no nos dice: “Buscadme en el vacío” (Is 45,19). Es “el Dios escondido” (Is 45,13), pero en la realidad.

3. El proceso de crear una nueva sensibilidad contemplativa

- a) Vamos en el seguimiento del Jesús pobre y humilde del evangelio, largamente contemplado en la oración. En los Ejercicios Espirituales, la contemplación de Jesús culmina en la “aplicación de sentidos”, donde nos acercamos al misterio contemplado de la vida de Jesús con todos los sentidos abiertos, purificados y receptivos a todo lo que se nos vaya revelando de su misterio.

Esta contemplación va transformando nuestra sensibilidad para acercarnos a la realidad como él se acercaba, con una sensibilidad cada día más parecida a la suya. Hasta nuestros sentidos llega cada vez con más nitidez la presencia activa de Dios en el universo, en cada persona y en toda la historia.

En nuestro ir y venir por nuestras oficinas, callejones, aeropuertos, ranchitos o autopistas, entre cultivos, grupos, archivos o soledades, un paisaje, una persona, una situación humana, se nos hace transparente. Somos sorprendidos no por nuestros razonamientos, sino por lo que llega a nuestros sentidos. *Un pedazo de la realidad se nos ha hecho diáfana hasta poder percibir al Padre “que siempre trabaja”*, y se produce un encuentro inesperado con él. Puede ser un encuentro sencillo o puede ser un encuentro que nos cambia definitivamente el corazón y la mirada para toda la vida.

- b) *Esa experiencia puntual de diafanidad no podemos dejar que se nos pierda* entre el ir y venir de los trabajos y las nuevas situaciones que llegan hasta nuestros sentidos, empujándose incesantemente unas a otras. No podemos dejar que se nos diluya. Es necesario volver sobre ella, “darnos cuenta” de lo que hemos recibido, darle nombre y mirar más hondo a través de ese espacio de transparencia donde Dios se nos comunica de una manera especial. Tenemos que pedir y buscar “el conocimiento interno” (EE 233) de ese bien recibido, para acogerlo en toda su profundidad. A veces ese espacio de diafanidad será ya un punto inagotable de encuentro siempre más hondo con el Dios que se nos revela desde ahí; y ahí tendremos que volver una y otra vez a lo largo de toda nuestra vida.

En el examen de cada día, en los momentos de discernimiento, es necesario rescatar las experiencias de diafanidad, sacarlas del flujo de los acontecimientos banales y ahondar en ellas como en un encuentro que se nos ofrece a través de todos los sentidos, estremeciendo de vida divina la fragilidad de nuestra carne mortal.

- c) No basta con el conocer. Es necesario volver sobre esta experiencia, “*para que yo enteramente re-conociendo* pueda en todo amar y servir” (EE 233). Es decir, hay que pasar del don a la Persona que es origen de ese don inalcanzable e inesperado. Reconocer supone agradecer expresamente lo gratuito que ha llegado a nuestro corazón a través de nuestros sentidos bien abiertos a la realidad.

Amar y servir en “todo” es posible, porque “todo es don y gracia” (EE 322), porque toda realidad, por más opaca y dura que se muestre a mis sentidos, es amada por Dios con la misma intensidad y cercanía que las otras en las que se me ha hecho transparente de manera gratuita y fascinante.

- d) *Ya ha nacido un sacramento del camino*, “mi sacramento único” (o “nuestro sacramento”, cuando es una comunidad entera la que ha hecho la experiencia). Aunque nosotros no clavemos en el suelo una piedra

para no olvidar nunca este lugar de encuentro y alianza (Gn 28,18), esta realidad transfigurada debe quedar, de una manera o de otra, bien clavada en nuestro itinerario interior o comunitario.

El ir y venir nos permitirá alumbrarnos con los espacios transparentes. El calendario nos traerá fielmente cada año las fechas de nuestras alianzas secretas, nos recordará momentos únicos en los que nuestra vida personal se enrumbó definitivamente de la mano de Dios por un camino impredecible y nuevo. O, simplemente, serán discretas luces que se encienden en el quehacer de la cotidianidad gris para orientarla y llenarla de alegría. Estas experiencias de la profanidad que se hace transparente no sólo nos traen nuevas sensaciones, sino también una nueva manera de sentirnos inagotablemente acompañados en este mundo de innumerables injusticias y ausencias.

e) Podemos *“buscar y hallar a Dios en todas las cosas”*, pues toda criatura tiene esa vocación fundamental de referirnos a él con una palabra única e irrepetible. Aunque a veces *“nos basta”* con las criaturas y secuestramos su significado más hondo por un tiempo, a la larga constatamos que no podemos quedarnos en ellas. *“No saben decirme lo que quiero”* (San Juan de la Cruz).

f) Esta experiencia de diafanía es indispensable para anunciar hoy la vida de Dios entre nosotros. *“Lo que oímos, lo que vieron nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos... os lo anunciamos ahora”* (1 Jn 1, 1-3).

A los discípulos de Emaús en su viaje hacia el desencanto, primero *“se les abrieron los ojos”* (Lc 24,31), y reconocieron a Jesús en el compañero de camino. Sólo más tarde, Jesús *“les abrió el entendimiento”* (Lc 24,45) para que comprendieran lo que había sucedido.

Lo que la gente ve, oye y palpa de la vida de Dios en la fragilidad de nuestra propia carne mortal, es también el primer paso para que pueda abrirse el entendimiento de los compañeros de camino.

g) Tal vez hoy, más que en ningún otro momento de la historia, necesitamos una ascesis que purifique nuestros sentidos de tantos estímulos que invaden nuestra intimidad, nos intoxican, nos apresan y estragan la sensibilidad, volviéndola torpe para percibir cómo Dios hace todas las cosas nuevas (Ap 21,5).

No sólo necesitamos ayuno de agua y pan, sino también de imágenes y sonidos que nos invaden con codicias impuestas de satisfacciones inmediatas con vértigo electrónico, para que en la espera de ese vacío humilde del alma y del cuerpo se nos regale la diafanía de la que no somos dueños.

En este proceso podrá ir naciendo en nosotros una nueva sensibilidad para *“buscar y hallar”* con más nitidez la cercanía de Dios, tanto en la belleza como en la dureza del mundo.

4. Nuestros claustros en medio del mundo cotidiano

Los monjes iban tallando en la dureza de la piedra de sus claustros hojas, flores, ángeles de rostros infantiles, descarnadas calaveras... Colocaban en los nichos de las paredes imágenes de Cristo, de María, de los santos. Cuando caminaban, ese espacio religioso entraba dentro de ellos por todos los sentidos. No era necesario pensar. Esos signos religiosos recorrían la ruta bien conocida hasta el fondo del corazón, aunque el monje ni se diese cuenta.

Nuestra mirada contemplativa también puede tallar en la dureza de la realidad los signos donde la vida se ha hecho diáfana para nosotros. Al pasar una y otra vez por los mismos caminos, visitar las mismas oficinas y encontrarnos con las mismas personas, la realidad se va haciendo cada día más transparente. También nosotros hemos construido nuestros claustros en medio de los espacios agradables o agresivos. Estos signos reconocidos del reino ya saben recorrer nuestros caminos interiores para alojarse dentro de nosotros. A veces ni los miramos, pero ellos siempre nos miran y nos permiten vivir con el sentimiento de una presencia discreta que aleja de nosotros cualquier rastro de orfandad y de destierro.

La dimensión última de la realidad está habitada por Dios. Pero no se puede llegar hasta ella a base de raciocinios escrutadores y posesivos. Es necesario esperar con los sentidos abiertos y vigilantes, hasta que se nos revele esa presencia que buscamos y que nos busca. Sólo Dios sabe encender desde dentro los espacios y los tiempos de este encuentro sin fin que se construye con ocultamientos y transparencias. Para que su infinitud no nos espante, se revela en el don en que se esconde.